

BIBLIOTECA SELECTA

ANDERSEN

El cofre volador
El cometa
El jardin del Paraíso
Los fuegos fatuos



32

P

82-93

A3Co

Ramon Sopena
Provenza 25 Barcelona



00053650

...TOR ECELESTICA

**VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA**

**NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MAS FOLCH**

Barcelona 10 de abril de 1923.

IMPRÍMASE

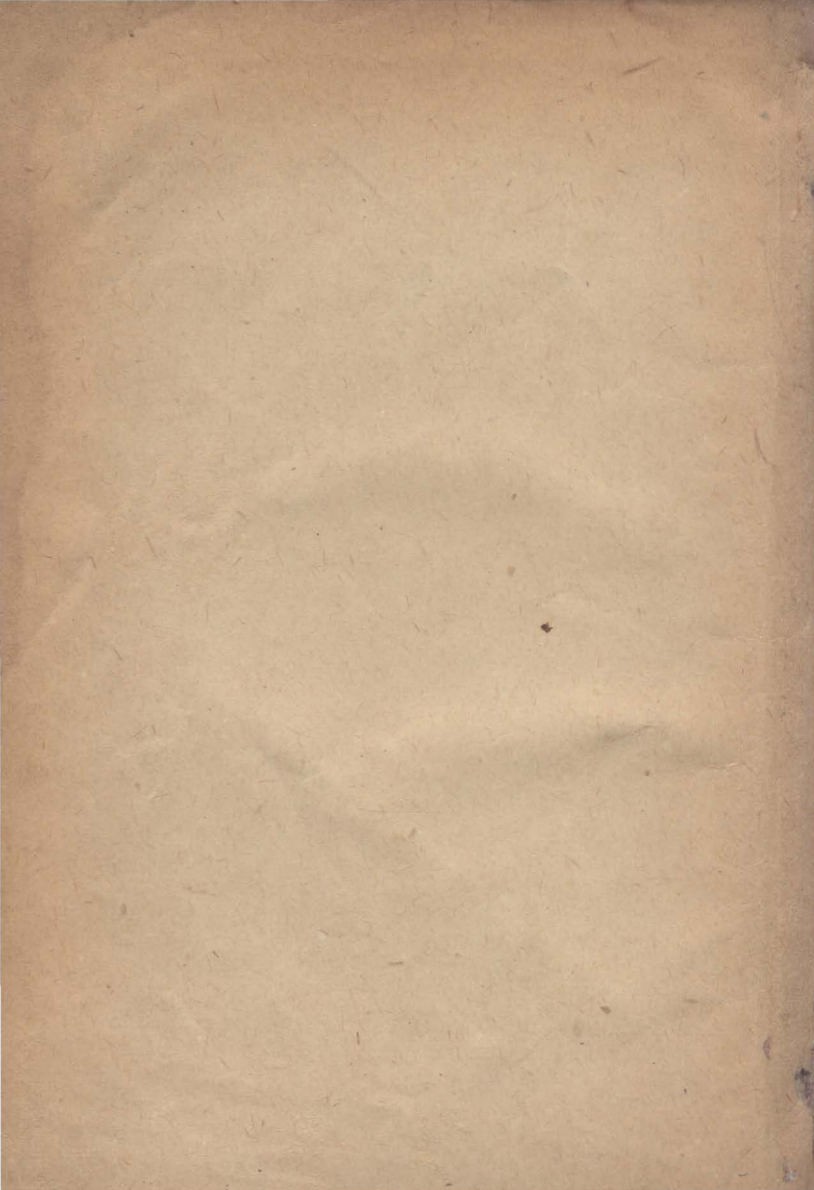
**EL VICARIO GENERAL,
FRANCISCO DE P. PARES**

POR MANDATO DE SU SRÍA.,

LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scio. Canc.

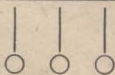


Los niños corrían por las calles en bandadas metiendo un ruido infernal. (Pág. 15.)



20.220

BIBLIOTECA SELECTA



ANDERSEN

EL COFRE VOLADOR



120X160

BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97



Derechos reservados.

EL COFRE VOLADOR

En una populosa ciudad habitaba, hace ya mucho tiempo, un negociante tan rico, que, si hubiera querido, habría podido empedrar con monedas de plata la plaza mayor, una calle principal y un callejón; pero, como sabía dar buen empleo a su dinero, no se le ocurrió semejante cosa.

Si gastaba una moneda, era porque tenía la seguridad de recuperarla duplicada, así es que su capital aumentaba prodigiosamente.

Acababa de terminar un negocio que debía producirle un millón, cuando una enfermedad repentina lo llevó al sepulcro.

Inmediatamente entró en posesión de aquella gran fortuna su hijo único, quien, al encontrarse tan rico, se propuso disfrutar de todos los placeres de la vida.

Al efecto, dió suntuosos bailes de máscaras, en cada uno de los cuales vestía un traje nuevo, que,

después de estrenado, regalaba, a pesar de su excesivo coste ; divertíase en hacer panderos con billetes de Banco y en arrojar al río monedas de oro, durante horas enteras, y, naturalmente, su capital, aun siendo tan crecido, llegó a agotarse.

Cuando ajustó cuentas, vió que no poseía más que cuatro ochavos, una bata y un par de babuchas. Sus amigos, no pudiendo ya salir con él a la calle, lo abandonaron ; pero uno de ellos, que tenía un corazón excelente, le envió un baúl viejo y le dió el siguiente consejo : «Haz tu lío».

Como el joven no tenía nada que liar, se le ocurrió meterse en el cofre ; pero éste tenía la propiedad de ser invisible y, tan pronto como se le apretaba la cerradura, elevábase del suelo y se ponía a volar.

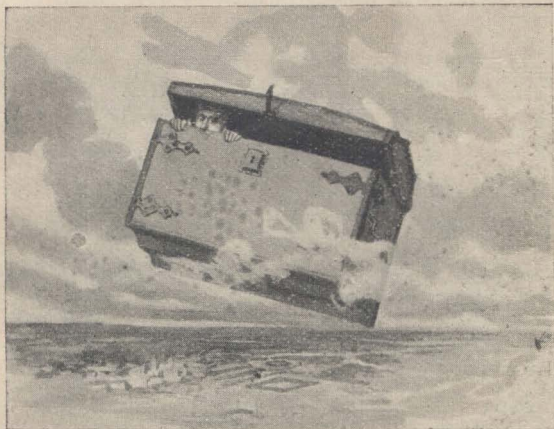
El hijo del mercader apretó la cerradura por casualidad, y el cofre ascendió, y, pasando por la chimenea que, afortunadamente era ancha, subió por encima de las nubes, y dirigióse hacia el Sur, pasando sobre las ciudades, sobre los imperios y sobre los mares.

El mozo, sobrecogido de temor, no se atrevía a moverse, y, cuando crujía el fondo del baúl, acometíanle sudores de angustia. ¡ Valiente voltereta habría dado si hubiera caído de aquella altura !

Al fin, el hijo del mercader advirtió el peligro en que se encontraba y ordenó al baúl que se detuviera. El maravilloso cofre obedeció al punto y empezó a descender hasta que se detuvo en un bosquecillo de palmeras, en el país de los turcos cuan-

do éstos habitaban todavía el centro del Asia. Coincidencia feliz, que permitió al hijo del mercader poder pasearse en público, con su bata y sus babuchas, porque todo el mundo vestía del mismo modo.

El hijo del mercader ocultó el baúl entre un mon-



...el cofre ascendió, y, pasando por la chimenea (P. 6.)

tón de hojarasca y encaminóse a la ciudad, donde encontró a una nodriza con un niño de pecho, a la que preguntó :

—¿Qué hermoso palacio es ése, cerca de la ciudad, y cuyas paredes no tienen ventanas más que cerca del techo?

—Ese es el palacio en que habita la hija de nues-

tro sultán — respondió la nodriza—. Cuando nació, le predijo una hada que uno de sus prometidos la haría muy infeliz. Por eso vive encerrada en ese castillo, que está custodiado como una prisión, y nadie puede acercársele sin que sus padres estén presentes.

—Gracias por tus informes — respondió el hi-



jo del mercader, quien inmediatamente volvió al bosquecillo de palmeras, metióse en su baúl y le mandó que lo llevara al techo del palacio.

· Cuando estuvo allí, entró, por una ventana, en el palacio y tuvo la suerte de llegar hasta la espléndida estancia de la princesa.

Esta, que era más bella que la luna, dormía tranquilamente echada sobre un diván.

Después de contemplarla durante largo rato, el joven se atrevió a besarle la punta de los dedos, lo que hizo despertar a la princesa al pronto sobrecogida de espanto; pero, como él le dijera que era el dios de los turcos y que había llegado por los aires a través de las nubes para contemplarla de cerca, ella se tranquilizó al momento.

Tomó asiento a su lado y le dijo, con voz dulce y armoniosa, que sus ojos eran brillantes y profundos como los grandes lagos y que en ellos veíanse flotar sus pensamientos como encantadoras sirenas; que su frente era como nevada cima de luminosos reflejos, y otras mil galanterías.

Encantóle a la princesa este dulce lenguaje, y accedió en seguida a la petición de su mano que el joven le hizo.

—Volved el sábado — agregó la princesa—, porque es el día que vienen el sultán y la sultana a tomar el te conmigo. Les agradecerá mucho saber que me caso con el dios de la gloriosa nación de los turcos; pero, si queréis entusiasmarlos por completo, referidles una linda historia, porque les encantan. Mi madre prefiere los cuentos morales; pero a mi padre le distraen más los cómicos que hacen reír.

—Contaré una historia — respondió el joven—, con tanto más gusto que será mi único regalo de boda, además del honor que os hago de tomaros por esposa.

La princesa, cada vez más engreída, le regaló un hermoso sable con la guarnición de brillantes y

un gran bolsón lleno de monedas de oro, que, como el galán estaba tan pobre, agradeció mucho.

El joven emprendió después el vuelo, ocultó el cofre en el bosquecillo de palmeras y fué a comprar una bata nueva y un par de babuchas de terciopelo bordadas en oro. Hecho esto, el hijo del mer-



cader dedicóse a imaginar la historia que debía narrar tres días más tarde.

El sábado volvió al palacio dentro del cofre; el sultán, la sultana y toda la corte reunida alrededor de la princesa, que había anunciado su llegada, estaban esperándolo. Todos le dispensaron muy buena acogida.

—Vais a contarnos una historia — le dijo la

sultana—, que supongo que será moral e instructiva.

—Espero que nos haréis reír—agregó el sultán.

—Ambos quedaréis complacidos — respondió el joven—. Prestadme atención :

«Érase una vez un paquete de fósforos de madera y de azufre, que estaban muy orgullosos de su noble origen. Descendían de un roble secular que fué en otros tiempos adorno del bosque. A la sazón, estaban en una cocina, entre una olla de hierro y un eslabón, y hablaban del tiempo en que formaban las ramas verdes del árbol.

»—¡Qué dichosos éramos entonces! Todas las mañanas almorzábamos las perlas y los rubíes del rocío. El sol nos alegraba, y, durante todo el día, distraíannos los pajarillos contándonos cosas deliciosas. ¡Qué ricos éramos! Los demás árboles no tenían hojas más que en verano; pero nuestro abuelo, el roble, estaba vestido de verde en todas las estaciones.

»Desgraciadamente llegó la revolución en figura de leñador, y los acontecimientos dispersaron a nuestra familia. El tronco principal tuvo suerte, porque, pulimentado, pasó a formar parte de una soberbia fragata que ha dado la vuelta al mundo. Las ramas principales fueron destinadas a diversos usos, y confiése a la nuestra el proporcionar luz y fuego a todo el mundo. He aquí por qué, siendo personas de rango, estamos confinadas en una cocina.

»—Mi suerte ha sido distinta — dijo la olla de

hierro—; pero tampoco está exenta de nobleza. Desde que vine al mundo he estado destinada a cocer manjares succulentos, y, después de cada cocción, me lavan y friegan. Soy, pues, indispensable, y ocupo aquí el lugar preeminente que me corresponde. ¡ Con cuánto cariño me tratan ! Me limpian con esmero, y por la noche brillo tanto que es un placer el verme. Es mi alegría, especialmente cuando puedo hablar en serio con mis camaradas. Conocemos a poca gente, porque en la cocina sólo está el cubo que va de vez en cuando al patio para subir agua ; así es que el cesto es el único que nos entera de lo que en el mundo pasa, porque todos los días va al mercado, y nos cuenta cuanto oye, por cierto que me parece que se habla con poco respeto del gobierno. Es un liberal. El otro día se expresó en términos tan sediciosos, que mi prima, la olla de barro, se cascó.

»—Nos aburres con tu interminable discurso— interrumpió el eslabón lanzando un haz de chispas al chocar el acero contra una piedra—. Trátemos de divertirnos esta noche.

»—Eso es, divirtámonos — asintieron los fósforos—. Que cada cual revele la familia de que procede, y sabremos quién tiene origen más noble.

»—Nada de eso — objetó la olla—. No me gusta hablar de mí ni alabarme como plato de callos. Contemos cuentos. Yo empezaré relatando una anécdota muy interesante. Oídme : A orillas del Báltico, entre los álamos de Dinamarca...

»—¡ Buen principio ! — exclamaron todos los

platos al mismo tiempo—. El relato va a ser muy divertido.

»—En aquellas regiones y en casa de unas buenas y honradas gentes, pasé mi juventud — agregó la olla de hierro—. La casa estaba tan limpia como un espejo ; todas las noches me frotaban, y brillaba como la plata. Los muebles, que la misma ama de la casa limpiaba, brillaban también ; en el suelo ni había una mota de polvo, y las cortinas de las ventanas se mudaban semanalmente.

»—¡ Qué historia tan divertida ! — exclamó la escoba—. ¡ Qué bien pone de manifiesto el valor de la limpieza ! Barrer, limpiar, es lo mejor que hay en el mundo.

»—¿ Se te olvida el fregar ? — preguntó el cubo con un brusco movimiento de viveza que hizo derramar al suelo parte del agua que contenía.

»La olla reanudó su historia cuyo fin fué tan divertido como el principio.

»Los platos aplaudieron, y la escoba sacó del basurero algunas ramas de perejil y coronó a la olla, diciendo :

»—No es preciso continuar el juego, porque no hay nadie mejor cuentista que tú.

»—Esto los aburre — pensó—. Bien merecido lo tienen. ¿ Por qué no me aprecian en todo lo que valgo ? ¡ Qué sería el mundo si no hubiera escobas ! Espero que la olla me corone mañana.

»—Ahora, bailemos — propusieron las trébedes.

»Y bailaban efectivamente ; pero sus movimien-

tos eran tan angulosos, que provocaban la risa ; una almohadilla vieja reventó.

»Cuando se cansaron de bailar, las trébedes pidieron que las coronasen, y las coronaron.

»—Por muchas coronas que les pongan — murmuraron los fósforos—, no pasarán de gentecilla.

»Pidieron a la tetera que distrajera al concurso cantando una romanza ; pero la tetera declaró que se había enfriado y que el frío le hacía perder la voz.

»—Es una tontuela — dijeron los fósforos— ; no quiere cantar para nosotros en la cocina, porque se reserva para el salón cuando está en presencia de los amos.

»—Pues bien — dijo la pluma con que la cocinera escribía sus cuentas, y que, a la sazón, manchada de tinta, estaba en la ventana— ; si la tetera no quiere cantar, no discutamos. Suplicaremos al ruiseñor que está ahí fuera, que entone una de sus melodías. No tiene mucho método, pero lo oiremos con indulgencia.

»—Vuestra proposición es una impertinencia— dijo la cafetera. Era música, y, como parte interesada, defendía a su prima la tetera.

»—Efectivamente, ¿es patriótico dirigirse a un ruiseñor, un extraño? El cesto puede juzgar.

—Yo — dijo el cesto—, opino que es una tontería lo que estáis haciendo. ¿Es posible perder el tiempo en semejantes cosas? Lo razonable sería, por ejemplo, que nos colocáramos en fila, cada cual según su mérito ; yo os formaré y dirigiré el jue-

go, porque he visto cómo se colocan las cosas con gusto en las tiendas.

»—¡ Eso es ! — exclamaron todos apresurándose a ocupar los lugares preferentes.

»En aquel momento se abrió la puerta y apareció la cocinera ; todo se puso en orden inmediatamente ; todos enmudecieron, pero todos pensaron : « Si no hubiera vuelto nuestro tirano, yo habría ocupado el puesto más preeminente ».

»La criada tomó el paquete de fósforos y encendió media docena, antes de tener luz. Despedían una llama azul preciosa.

»—¡ Ah ! — pensaban—, ahora, nadie puede negar que somos lo mejor que hay aquí. ¡ Qué hermosa luz despedimos !

»Pronto estaban quemados ; poco después de ver satisfecha su ambición, reducíanse a un minúsculo montoncillo de cenizas.»

—Es un cuento precioso — dijo la sultana—. ¡ Qué bien describe los hábitos de la cocina ! Y ¡ qué moral ! Os concederé la mano de mi hija.

—Sí — agregó el sultán—, me habéis hecho reír mucho. Os concedo la mano de mi hija, y el lunes próximo se celebrará la boda.

Inmediatamente se hicieron los preparativos para las fiestas. Desde la víspera, en la noche del domingo, comenzaron las iluminaciones en la ciudad ; se repartieron dulces y golosinas al pueblo. Los niños corrían por las calles en bandadas metiendo un ruido infernal. Era un magnífico espectáculo.

—Les regalaré algo mejor que todo eso — dijo el hijo del negociante—. Tengo el deber de pagar a mis futuros súbditos mi llegada.

Y, al efecto, compró cohetes y fuegos artificiales; lo metió todo en su baúl y se elevó por los aires.

De pronto, ¡pum! ¡catapum! todos los fuegos se disparan, produciendo llamas verdes y rojas. ¡Hermoso meteoro! Los turcos, que no habían soñado jamás ver una maravilla semejante, saltaban de alegría y enloquecían de contento.

—Ese es nuestro dios — exclamaban—. ¡Qué feliz va a ser nuestra princesa!

Cuando concluyó de arder el castillo de fuego, el hijo del mercader volvió a ocultar su cofre.

—Voy a pasearme un rato por la ciudad — se dijo—, para apreciar el efecto que he producido y si la gente ha quedado contenta de mí.

Y vió las calles llenas de gente; habló con el primero que le salió al paso, cada uno hizo una descripción diferente del castillo de fuego; pero todos confesaron que jamás habían visto cosa semejante.

—He reconocido al dios de los turcos — dijo uno—. Sus ojos eran estrellas y su barba parecía la cascada de nuestro jardín.

—Estaba cubierto con un manto de fuego — agregó otro—, y llevaba en los pliegues los ángeles más hermosos del paraíso.

El hijo del mercader escuchaba complacido estos elogios. Al amanecer volvió al bosquecillo de

palmeras para meterse en el baúl y acudir a la ceremonia matrimonial; pero el baúl había desaparecido, había sido pasto de las llamas.

Habiendo quedado dentro de él un cohete, éste se había inflamado durante la noche reduciendo el cofre a cenizas. Su infortunado propietario, que había conseguido conquistar la más elevada posición, veíase ahora reducido a la nada. Y, como el que no se consuela es porque no quiere, el hijo del mercader se consoló al fin haciendo de tripas corazón, y como había descubierto que tenía talento para forjar historias, se ganó la vida narrándolas de pueblo en pueblo, aunque ninguna de las que después imaginó fué tan divertida como la de los fósforos, por haberle quedado en el alma un sedimento de melancolía.

La princesa pasó todo el día aquel y muchos otros en el terrado de su palacio esperando a su prometido, pero todo fué inútil, porque, como es sabido, el prometido no volvió.

Un viajero, que ha pasado por aquella ciudad, asegura haberla visto escudriñando ansiosamente el cielo con la vista.

El hada que había predicho que sería infeliz, no se equivocó.

EL COMETA

En el firmamento apareció un día un cometa que no había anunciado ningún astrónomo ni figuraba en ningún almanaque.

Era un hermoso cometa con una brillante cola de fuego.

—Si choca con la tierra — decía la gente atemorizada—, pereceremos todos abrasados.

Desde la torre del antiguo castillo una gran multitud contemplaba el nuevo astro con anteojos de



La princesa pasó todo el día en el terrado de su palacio esperando a su prometido... (Pág. 17.)

larga vista, y de todas las buhardillas veíanse salir cabezas de curiosos; y, en las calles, la turba se detenía mirando al cielo. Y, mientras esto pasaba en la ciudad, en el campo un viajero solitario suspendía también su marcha para admirar el fenómeno, a pesar de tener prisa por llegar adonde se proponía.

La aparición del astro presagiaba para cada uno cosas distintas.

Sólo una madre y su hijo que habitaban un pequeño aposento, no sabían nada del cometa. En el momento de presentarlos al lector, estaban sentados cerca de una mesa, sobre la cual ardía una candela cuyo pábilo había tomado la forma de una punta encorvada y se inclinaba hacia el niño. La madre levantó la cabeza y se conmovió de espanto, porque, según había oído decir y repetir, esto significaba que su hijo debía morir en breve.

El niño no miraba el pábilo, y, aunque le hubieran notificado la aparición del cometa, no se habría movido. Frente a él había un pote mellado lleno de agua de jabón, en la que zambullía una pipa de tierra y soplaba en ella formando pompas grandes y pequeñas, que, al ser lanzadas al aire, revoloteaban temblando, dando admirables reflejos policromos.

—Quiera el Cielo — dijo la madre, para destruir el pronóstico del pábilo — concederte tantos años de vida como pompas de jabón haces.

—¡Tantos! — replicó el niño.

E inmediatamente llevóse la pipa a la boca, para sumirla luego en el agua de jabón y hacer nuevas pompas.

—¡Un año! — exclamó gozoso—, otro, otro. Mira cuánto suben y qué hermosos colores tienen.

Y, al decir esto, reventósele en el ojo una pompita, haciéndole llorar.

—Venid a ver el cometa — gritó una vecina—. Toda la ciudad está en la calle. ¡ Venid !

La madre agarró de la mano al niño que habría continuado con gusto haciendo pompas de jabón, pero la vecina dijo que era indispensable ir a ver el astro.

El chico abrió los ojos al ver aquella bola de fuego y su rutilante cabellera que, en su opinión, medía unas diez varas de largo ; pero le explicaron que lo que, a simple vista, parecía diez varas, era en realidad varios millones de leguas de longitud.

—Nosotros y nuestros hijos estaremos enterrados cuando los habitantes de la tierra puedan contemplar nuevamente ese astro — dijo la vecina.

Y, en efecto, cuando el astro volvió a aparecer en el firmamento, la mayor parte de los que lo habían visto la vez primera, no pertenecían ya a este mundo ; sin embargo, el niño que, según la creencia de su madre, debía morir joven porque la mecha de la candela lo había presagiado, vivía aún, pero era ya muy viejo y tenía los cabellos blancos. Era maestro de escuela, y, a pesar de su avanzada edad, continuaba dedicado a la enseñanza y los niños escuchaban con atención sus lecciones instructivas, a las que sabía dar gran interés.

Le complacía hablar de los cuerpos celestes y explicaba a sus discípulos que, según los cálculos de los astrónomos, debería aparecer pronto un cometa que él había admirado ya, siendo muy niño.

—Observad — les decía—, que todo se repite en este mundo, los hechos como las personas y hasta

los cuentos y las leyendas. Conocéis la historia de Guillermo Tell que, debiendo disparar a una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo, preparó una segunda flecha para atravesar con ella al horrible Gessler, en el caso de que con la primera matara a su hijo. Esto sucedió en Suiza, según di-



...los niños escuchaban con atención sus lecciones instructivas... (Pág. 20.)

cen, en la Edad Media. Pues bien, algunos siglos antes, en Dinamarca, el héroe Palnatoke había hecho ya lo mismo; también él recibió orden de atravesar con una flecha una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo; también él había preparado su venganza de igual modo. Y miles de años antes, a orillas del Nilo, en tiempo de los fa-

raones, referíase ya la misma historia de otro hábil tirador.

El anciano maestro de escuela fué el primero a quien se le ocurrió enseñar a los niños la geografía de un modo claro y patente. Había hecho arreglar su espacioso jardín de manera que pudieran verse en él todas las islas de Dinamarca, la Jutlandia y el Slesvig representados según su situación, su configuración, sus costas, sus bahías, sus montañas y sus ríos. Las ciudades estaban representadas por figuras de madera, con sus armas o algún hecho de su historia. El santo rey Canut con el dragón, era la ciudad de Odensea; el obispo Absalón con el báculo, era Soroë; Aarhus estaba representado por un barco con remos. Por este medio, los jóvenes alumnos habían aprendido con gran facilidad la geografía de su país.

Se esperaba, pues, la nueva aparición del cometa; los niños estaban alegres con la esperanza de contemplar tan hermoso espectáculo, y los ancianos se regocijaban también porque esperaban que fuera aquél un buen año para el vino.

Al fin, apareció el cometa en el horizonte; pero, por desgracia, el cielo estaba cubierto de nubes y nieblas, y no cesaba de llover. Los astrónomos estaban constantemente con los ojos abiertos y pasaban las noches al lado de sus telescopios, esperando que el firmamento se despejara.

Una noche, el anciano maestro de escuela, sentado en su aposento, espiaba también el momento en que se disiparan las nubes, cuando recordó el

deseo de su madre de que viviera tantos años como pompas de jabón formara. No recordaba con exactitud el número de las que en aquella ocasión memorable había hecho ; pero le parecía que la cuenta debía tardar poco en completarse.

Contemplaba, pues, como en un sueño, deslizarse ante su imaginación todas las acciones de su vida, su laboriosidad y sus virtudes, cuando, de pronto, vió brillar una gran claridad.

El viento había desgarrado las nubes, y el cometa, más luminoso que nunca, resplandecía en el firmamento, desplegando su cola como chorro líquido de oro en fusión. El anciano lo reconoció al punto, pareciéndole encontrarse todavía en el momento en que, agarrado de la mano de su madre, contemplaba el astro por primera vez ; y, sin embargo, habían transcurrido más de sesenta años. Durante este tiempo, habíanse formado imperios poderosos ; reinos prósperos habían sido arruinados, y en todo el universo se había operado una gran transformación.

Pero el anciano había vuelto con la imaginación a los días de su infancia, y, después de haber contemplado y admirado el cometa, abrió el antiguo piano que había heredado de su madre, y tocó una canción que habían dedicado al cometa, cuando hizo su anterior aparición. Experimentaba una felicidad tranquila e inefable.

De pronto, saltó una de las cuerdas del instrumento. Los vecinos entraron en el aposento para invitar al anciano a salir al balcón y contemplar el

cometa, y lo encontraron sonriente pero inmóvil. Sé le había roto el corazón al mismo tiempo que la cuerda del piano.

Como muchos años atrás, la torre del antiguo castillo estaba atestada de curiosos; las calles de la ciudad estaban invadidas por una inmensa mul-



...para invitar al anciano a salir al balcón (Pág. 23.)

titud, y otro viajero, que también tenía prisa por llegar al término de su camino, detenía la marcha para admirar el astro que brillaba en el firmamento; pero el alma del anciano se había elevado a espacios superiores a los que recorría el cometa, y contemplaba esplendores más bellos que el mágico brillar de aquella cabellera luminosa.

EL JARDÍN DEL PARAÍSO

Erase una vez el hijo de un rey grande y poderoso, que poseía muchos y hermosos libros, cuyos magníficos grabados representaban todas las maravillas de la tierra.

El texto describía todos los países, todos los pueblos, todas las ciudades y hasta los más insignificantes villorrios del globo. Sólo había un lugar del que no daba el menor detalle; no decía dónde estaba situado el Jardín del Paraíso, y esto era precisamente lo que deseaba saber el príncipe.

Cuando, siendo niño, comenzó a ir a la escuela, habíale contado su abuelita que en los pétalos de las flores que adornan el Jardín del Paraíso, hay tablas de multiplicación, la serie cronológica de todos los reyes de la tierra, mapas geográficos, reglas gramaticales, y que bastaba comer estas flores, que tienen el sabor de los dulces más exquisitos y delicados, para aprender en seguida perfectamente sus lecciones de aritmética, de historia y de geografía.

En aquella época daba entero crédito a lo que le decía su abuela; pero, cuando tuvo más edad y empezó a reflexionar, creyó que en el famoso jardín debía haber esplendores de muy distinta especie.

—¡ Ah ! — exclamó un día—, ¿por qué cogió Eva la manzana del árbol de la ciencia del bien y del mal? ¿Por qué la comió Adán? No habría he-

cho yo semejante tontuna. Habría cumplido el precepto divino, y el pecado no hubiera entrado en el mundo.

Siguió creciendo, y, cuando tuvo diez y ocho años, el Jardín del Paraíso preocupaba aún profundamente su imaginación.

En cierta ocasión, fué a pasearse solo al bosque próximo, como acostumbraba. Se extravió y llegó la noche sin que hubiera podido encontrar el verdadero camino. Las nubes habíanse amontonado en el espacio, se desencadenó la tempestad, abriéronse las cataratas del cielo, enviando a la tierra una lluvia torrencial, y la obscuridad se hizo tan profunda, que el príncipe vióse obligado a andar a tientas, lo que le hacía resbalar y caer sobre el mojado césped o sobre enormes peñascos.

Pronto, quedó el príncipe calado hasta los huesos; caminaba con el agua hasta la rodilla, y cuando las ráfagas de viento agitaban las ramas, se sentía inundar de los pies a la cabeza. Estaba completamente rendido y tan desanimado, que casi se desmayó al oír un singular ronquido que, a veces, aumentaba en intensidad y soplabá como una borrasca, para disminuir luego hasta convertirse en un ligero susurro.

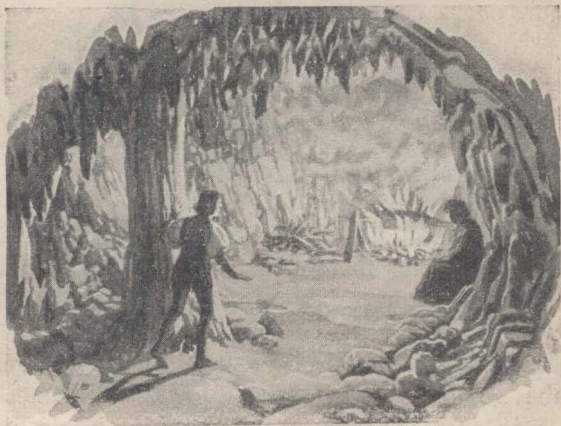
Púsose en camino y no tardó en ver ante sí una gigantesca caverna iluminada por un inmenso fuego al que se habría podido asar un buey, y sobre el que habían colocado un hermoso ciervo que, sostenido por dos troncos de pino, giraba lentamente sobre las ardorosas llamas.

Una mujer de edad, alta y robusta, que hubiera podido ser tomada por un hombre disfrazado, encontrábase cerca del fuego, arrojando de vez en cuando en él trozos de leña y cuidando de la cocción del ciervo.

—Nada temas — dijo al príncipe— ; acércate y sécate las ropas al fuego.

El príncipe entró y tomó asiento sobre un montón de madera.

—Tengo mucho calor por delante — dijo— ; pe-



ro, por detrás, estoy helándome de frío. ¡ Qué aire !

—Eso no es nada — repuso la mujer— , y otra cosa será cuando mis hijos vuelvan, porque has de saber que ésta es la mansión de los vientos, y mis

hijos son los cuatro grandes vientos que reinan en el espacio.

—¿En dónde están ahora? — preguntó el príncipe.

—¡Qué absurda pregunta! — respondió la mujer—. ¿Cómo quieres que sepa exactamente dónde se encuentran unos chiquillos tan inquietos y que dan tan grandes zancadas? Probablemente estarán allá arriba, en la gran sala de los cielos, jugando a la pelota con las nubes.

—Tenéis un carácter algo áspero — dijo el príncipe—; ninguna mujer me ha hablado jamás con tanta rudeza como vos.

—No digo lo contrario — respondió la mujer—; pero para imponer respeto a los chicos, que son muy indómitos, necesito buenas muñecas, y hasta ser dura y brutal. Sólo así, consigo domarlos: ¿ves aquellos cuatro sacos que penden de la pared? Los temen más que has temido tú, cuando eras niño, las disciplinas de tu maestro. De un revés de la mano los cojo y los meto en esos sacos, y en ellos se quedan hasta que se me antoja soltarlos. ¡Ah! Ya llega uno.

Era, efectivamente el Viento del Norte que entraba, soplando un frío glacial. Vestía calzones y casacón de piel de oso, y un gorro de piel de foca le cubría la cabeza hasta más abajo de las orejas. Témpanos de hielo le colgaban de las barbas espesas, y los botones de su casaca eran granizos enormes. Al estornudar, despedía copos de nieve.

—No os acercéis tan pronto al fuego — le acon-

sejó el príncipe—, porque se os van a helar las narices y las manos.

—¡ Helar ! — respondió el Viento de Norte, desternillándose de risa—. ¡ Helar ! Es mi mayor placer. Pero, a propósito, ¿de dónde vienes tú, mi-



...Vestia calzones y casacón de piel de oso (Pág. 28.)

serable hombrecillo? ¿Cómo te has atrevido a entrar en la mansión de los vientos?

—Es mi huésped — explicó la mujer—, y te suplico que lo respetes, porque, si así no lo haces, te meteré en el saco. ¿Me oyes?

El Viento se calmó al punto y, variando de conversación, empezó a narrar sus aventuras refrien-

do cuanto le había ocurrido desde que se separó de su madre.

—Al salir de aquí — dijo—, fui a los mares polares donde se celebraba una partida de recreo. Me he divertido mucho cerca del Groenland con unos rusos que cazaban focas. Los encontré en el mar, y, como estaba cansado, descansé en el buque, quedándome dormido cerca del timón. De pronto el pájaro de las tormentas me rozó el rostro. ¡Peregrino animal! Dió algunos aletazos, tendió luego las alas y surcó el espacio.

—Vamos, abrevia — dijo su madre—. Deseo saber si has ido a la isla de los osos.

—Ya lo creo — respondió el Viento—, y he permanecido bastante tiempo en ella. El mar que la circunda está casi siempre helado y terso como un espejo. ¡Qué bien se debe bailar allí! Vi un pálido musgo salir acá y allá entre la nieve que cubre las piedras y las rocas; pero, como no he visto el menor rayo de sol, ignoro si alguna vez brilla en aquel lugar que llaman lúgubre los hombres, y que parece sembrado de esqueletos de foca y osamentas de oso blanco. Una densa niebla cerníase sobre la isla; soplé un poco para disiparla y vi aparecer una choza construída con las maderas de un buque, que los náufragos habían cubierto con pieles de animal, para que mi hálito no penetrase por los intersticios, lo que no fué obstáculo para que muriesen de frío y de hambre. A la sazón, estaba sobre el techo un oso blanco al que acaricié el lomo y respondió con un espantoso gruñido. Volví

a las rocas donde descubrí numerosos nidos de pájaros; miles jovencitos abrían el pico y piaban, viendo que sus padres tardaban mucho en llevarles pescado fresco. Esperad, amiguitos, voy a hacerlos callar, y soplé un poco, no muy fuerte; pero al punto cerraron el pico y se refugiaron en el fon-



...estaba sobre el techo un oso blanco (Pág. 30.)

do de sus nidos. En la arena arrastrábanse las morsas y las focas, que son unos animales muy feos; parecen babosas gigantes con cabezas de cerdo provistas de dientes de a vara. Afortunadamente, son inofensivas.

—Continúa, hijo mío — aconsejó la madre—. Tu relato comienza a interesarme y espero que resulte algo dramático.

—Ya lo creo — asintió el Viento—. Los cazadores rusos llegaron frente a la isla y lanzaron sus arpones a las morsas, haciendo brotar un chorro de sangre que cayó sobre la nieve enrojeciéndola. Los cazadores parecían divertirse mucho con este juego cruel, que me puso de buen humor y me inspiró deseos de divertirme también un poco.

—Esta vez soplé con fuerza y empujé las montañas de nieve contra el navío. Entonces gimieron y gritaron ellos, apremiados por los hielos flotantes, los *icebergs* grandes como casas, y arrojaron por encima de la borda todo el producto de su cacería, los colmillos de morsa, los toneles de aceite. Volví a soplar y los envolví en torbellinos de nieve; sus manos, ateridas por el frío, no podían maniobrar. Lancé un silbido seco, y el buque, aprisionado entre la nieve, crujó y se hizo pedazos, que fueron arrastrados hacia el Sur por los hielos. Los cazadores, que ahora beben ya en el gran charco, no volverán nunca a la isla de los osos.

—No está bien lo que has hecho — dijo su madre—; has cometido una mala acción.

—Esta vez, sí—respondió el Viento del Norte—; pero otras veces las he hecho buenas, aunque éstas prefiero que las cuenten otros. Ved quién llega. ¡Ah! Es mi hermano del Oeste, mi predilecto, que esparce un olorcito marino y casi siempre tiene una frialdad deliciosa.

—¿Es el pequeñito Céfiro? — preguntó el príncipe.

—Sí — asintió la madre—, es mi buen Céfiro;



...lanzaron sus arpones a las morsas... (Pág. 32.)

pero no es pequeñito y delicado como en los tiempos antiguos, sino un mozo robusto que conoce la fuerza que posee.

El Viento del Oeste entró en la caverna. Estaba vestido como un salvaje, tenía larga la barba y su aspecto era muy huraño. En la mano izquierda llevaba una enorme maza que había cortado de un árbol de los bosques de América. Era un hermoso bastón.

—¿De dónde vienes? — preguntóle la madre.

—Vengo de las selvas vírgenes — respondió el recién llegado—, donde las sierpes y los cocodrilos bullen en los pantanos y donde el hombre no ha puesto jamás su planta.

—¿Qué placer encontrabas allí? — inquirió la anciana.

—Me distraía contemplando el rápido curso del río más grande del mundo, viendo caer al pie de las rocas sus aguas reducidas a polvo finísimo que, a través de los rayos del sol, formaban un espléndido arco iris. Los búfalos e hipopótamos nadaban en medio del río juntamente con bandadas de patos y otras aves salvajes, cuando, de pronto, la corriente los agrupó a todos arrastrándolos hacia las cataratas. Las aves tendieron el vuelo y se pusieron en salvo alejándose; pero los hipopótamos cayeron al precipicio y se deshicieron como cristal. Este espectáculo me divirtió y me puso de buen humor. Soplé alegremente y se levantó un huracán, que arrancó de raíz miles de árboles centenarios, tan altos como catedrales, reduciéndolos a



Estaba vestido como un salvaje (Pág. 33.)

virutas. De allí fui a las sabanas, donde recorrí centenares de leguas dando cabriolas y volteretas, sacudiendo los cocoteros, cuyos frutos caían ruidosamente y espantando manadas de caballos salvajes que emprendían desatinada carrera; pero, faltaba mucho para que la cuenta estuviera exacta. He corrido otras muchas aventuras, pero, como no está bien hablar de sí mismo en sociedad, según me has recomendado tú misma, buena madre, pongo término a mi narración.

Y, al decir esto, besó y abrazó a la anciana con tal fuerza, que la buena mujer estuvo a pique de caer al suelo. Era un mozo muy brutal.

Llegó el Viento del Sur, envuelto en un albor-

noz de beduino, de flotantes pliegues y con un turbante en la cabeza.

—¡ Oh, qué frío hace aquí ! — exclamó, y arrojó a la lumbre un haz de leña—. Ya se conoce que está aquí mi hermano del Norte.

—¡ Quia ! Es un horno — respondió el Viento del Norte—. Hace un calor capaz de derretir todos los hielos del polo, y de asar todos los osos blancos.

—El oso eres tú — replicó el primero.

—¡ Basta de discusiones ! — dijo la madre—. ¿ Veis los sacos, eh ? Pues bueno, silencio si no queréis que os encierre en ellos. Siéntate en esa roca, hijo del Sur, y cuéntanos lo que te ha ocurrido en tu última excursión.



Los búfalos e hipopótamos nadaban (Pág. 33.)

—He ido a pasearme al África — respondió—, donde he visto a los hotentotes cazar el león. Cuando llegué, la llanura estaba tan verde como un prado ; pero respiré con alguna fuerza y mi aliento lo secó todo. Fui después hacia las arenas, y allí se le ocurrió al avestruz desafiarme a correr. ¡ Qué tontería ! En algunos brincos lo dejé atrás. Recorrí el vasto desierto, y encontré una caravana extraviada que acababa de sacrificar su último camello para saciar la sed que los devoraba. El sol quemaba encima de sus cabezas y el suelo les abrasaba los pies. Aquello era muy monótono, y, para distraerme, levanté torbellinos de arena, formando olas tan altas como montañas, que rodaban unas sobre otras ; era un espectáculo cuya contemplación me llenaba de placer. Los hombres de la caravana no se encontraban a gusto ; habíanse cubierto el rostro con los alquiceles para no perecer sofocados y, prosternándose, impetraron el socorro de Alá. Soplé por última vez y se levantó una pirámide de arena que los sepultó. Cuando vuelva a pasar por allí la derribaré y aparecerán sus huesos calcinados. Los viajeros que recorran aquellos lugares encontrarán sus riquezas esparcidas en la arena ; cuando se consideren felices con el hallazgo, les jugaré una mala partida, aplastándolos bajo otra pirámide más alta todavía.

—No se te ocurren más que maldades — dijo la madre—. Anda, ¡ al saco !

Y, antes de que pudiera ponerse en guardia, lo agarró por la mitad del cuerpo y lo encerró en un

saco. El viento se agitó con furor ; pero la anciana cogió el tronco de un árbol y le dió una buena paliza, hasta que aquél dejó de moverse.

—Realmente — dijo el príncipe—, no me habías engañado ; tus hijos son unos revoltosos de marca mayor.

—Sí — asintió la anciana—; pero ya ves que sé corregirlos. ¡ Ah ! Ya llega el cuarto.



El Viento del Este entró con un paso más medurado que los otros ; vestía como un chino.

—¡ Hola ! Vienes del país de la gente de la larga trenza — exclamó la madre al verlo—. Creía que habías estado en el Jardín del Paraíso.

—Mañana hará cien años que estuve en él, y mañana volveré — respondió el recién llegado—.

Ahora vengo de la China, donde he hecho repicar las campanas de la torre de porcelana. Apalearon a una pandilla de mandarines vestidos de seda amarilla, condecorados con el botón azul, el botón de oro y la pluma de pavo real, rompiéndoles en las espaldas una infinidad de bastones de bambú. A cada palo que recibían, gritaban moviendo la cabeza : «¡ Muchas gracias ! Quien bien te quiere, te hace llorar.» Pero eran unos hipócritas, porque no sentían lo que decían. Yo, para burlarme de ellos, que declaraban estar contentos, hice resonar con más fuerza mi alegre repiqueteo : ¡ Tin, tan ! ¡ Tin, tan ! ¡ Tan, tan, tan !

—Eres un bromista — dijo la madre—. Me sorprende que no seas más juicioso habiendo ido ya tantas veces al Jardín del Paraíso. Cuando vayas mañana, bebe en la Fuente de la Cordura, y tráeme una botella de su agua maravillosa.

—Sí, madre — asintió el Viento del Este—, no lo olvidaré. Pero, ¿por qué has metido en el saco a mi hermano del Sur? Hazme el favor de soltarlo, porque deseo que me cuente la historia del ave fénix, porque cuando, cada cien años, voy al Jardín del Paraíso, la princesa me pide que se la cuente, y no la sé bien. Vamos, mamáita, abre el saco, y te daré diez puñados de hojas de te, frescas, que acabo de coger en las plantaciones reservadas exclusivamente para el uso del emperador de la China. Jamás ha venido aquí una hoja de aquellos arbutos.

—¡ Ah, diablillo ! — dijo la anciana—. Conoces

bien mi flaco. En fin, puesto que eres mi favorito, y me lo ruegas, voy a soltar a tu hermano.

La anciana abrió el saco y salió el Viento del Sur, que estaba algo avergonzado de que el príncipe extranjero hubiera visto la dureza de la corrección materna.

—Toma — dijo a su hermano—, aquí tienes una



hoja de palmera para tu princesa. El mismo fénix, esa ave única en el mundo, me la ha regalado, después de escribir en ella con el pico, toda su historia durante el último siglo de su milagrosa existencia. La princesa podrá leer cómo prendió fuego a su nido después de haberse instalado en él, permaneciendo impasible entre las llamas y el humo, mientras que las ramas verdes de palmera crujían y

lanzaban chorros luminosos. El antiguo fénix fué achicharrado como una viuda india sobre la hoguera, y reducido a cenizas ; pero entre las llamas había un huevo rojo como una bola de hierro candente, que se rompió con ruido y salió una ave joven. Era el fénix rejuvenecido que, durante un si-



glo, debe ser el rey de las aves. Todo eso está escrito con todos los detalles y en estilo primoroso en la hoja de palmera.

—Bien, vamos a cenar, porque ya hemos hablado hoy bastante — dijo la madre.

Inmediatamente tomaron todos asiento alrededor de una roca y sirvieron el ciervo asado, que daba gusto verlo.

El joven príncipe se sentó al lado del Viento del Este, y no tardó en hacer amistad con él.

—¿Quién es esa princesa de que habláis — preguntó el príncipe—, y dónde está situado el Jardín del Paraíso?

—¡ Ah ! ¿ Te interesa ? — inquirió el Viento del Este—. ¿ Quieres acaso visitar ese jardín ? Puedo llevarte mañana ; pero has de saber que, desde Adán y Eva, ningún ser humano ha puesto allí su planta. Cuando tus primeros padres fueron arrojados, el Jardín del Paraíso sepultóse en el seno de la tierra, a pesar de lo cual siempre brilla en él tal claridad como si estuviera iluminado por un sol extraordinariamente espléndido. El aire que se respira es delicioso y embalsamado. Allí vive la reina de las hadas, en la isla de la Felicidad, sitio encantador donde jamás penetra la muerte. Si quieres verlo, mañana te subes sobre mis hombros, y te conduciré a él, pues supongo que te dejarán entrar. Y, ahora, descansenos, porque deseo dormir un poco antes de emprender tan largo viaje.

Y, efectivamente, no tardaron en quedar todos sumidos en profundo sueño.

El príncipe despertóse al día siguiente al amanecer, y cuál no sería su sorpresa al verse muy alto en los aires, por encima de las nubes, subido sobre los hombros del Viento del Este que lo sujetaba con una mano para que no se cayera. Abajo, en la tierra, los ríos, los lagos, las llanuras y los bosques parecían los pequeños puntos y líneas sinuosas que se ven en los mapas geográficos.

—Buenos días — dijo el Viento—. Quizá harías bien en continuar durmiendo, porque en esta región de llanuras, nada hay que merezca la pena de contemplar, a no ser que te distraigas contando los campanarios. ¿Los distingues? Desde esta altura no parecen más altos que los palos con que juegan los chicos.

—¿Por qué no me has despertado para que me despidiera de tu madre y de tus hermanos? — preguntó el príncipe—. Van a formar mal juicio de mí.

—¡Oh! mis hermanos roncaban de tal manera que habría sido lástima despertarlos — respondió el Viento, y continuó su vuelo duplicando la velocidad; a su paso, las ramas y las hojas se agitaban, en un susurro inmenso; en el Océano, las olas subían y chocaban con fuerza, y los navíos eran sacudidos violentamente inclinando sus mástiles hasta sumergirse en el mar.

Por la noche, en la obscuridad, era un espectáculo maravilloso ver las luces de las grandes ciudades, que brillaban acá y acullá, a intervalos, a semejanza de un pedazo de papel medio quemado que lanza pequeñas chispas que aparecen y desaparecen sucesivamente con la misma rapidez que lucen. Al príncipe divertíale mucho este espectáculo y empezó a aplaudir; pero el Viento le dijo que moderase sus transportes de entusiasmo y empleara sus manos en sujetarse bien, si no quería caerse y quedarse enclavado en la aguja de algún campanario.

El Viento aceleró tanto su marcha, que el prín-

cipe respiraba con gran dificultad ; podía apreciar la velocidad de la carrera al ver el breve tiempo que necesitaban para dejar atrás las grandes águilas y los corceles más ligeros.

Al día siguiente, al alborar, el Viento descendió a la tierra.

—¿Ves esa inmensa mole de rocas, de nieve y de hielo? — preguntó—. Es la cordillera del Himalaya, y ya estamos cerca del término de nuestro viaje.

Luego, torció un poco hacia el Sur, donde las flores y los árboles de especias embalsamaban el aire con embriagadores perfumes ; las higueras, los granados y los naranjos, crecían naturalmente, y la vid trepaba por los árboles colgando de ellos sus dorados racimos. El Viento se detuvo en aquel sitio encantador, donde el príncipe se tendió en el fresco y tierno césped salpicado de graciosas flores de brillantes colores que se inclinaban suavemente como dándoles la bienvenida.

—¿Estamos ya en el Jardín del Paraíso? — preguntó el príncipe.

—No — respondió el Viento—, pero llegaremos pronto. ¿Ves allá bajo una elevada pared de rocas? Pues allí donde la viña cuelga, alta y espesa como un tapiz, hay una abertura que conduce a una caverna, por la que tenemos que pasar. Envuélvete bien en tu manta, porque, aunque aquí abrasa el sol, un poco más allá hace un frío glacial. El ave que guarda la entrada de la caverna

tiene un ala en el clima del estío y otra en el del invierno.

Penetraron en la caverna. ¡Qué frío hacía, qué oscuridad más profunda! Pero todo cambió de pronto. El Viento del Este tendió sus alas, brotó de ellas una viva luz y sintióse un calor benéfico.



...el príncipe se tendió en el fresco y tierno césped salpicado de graciosas flores.. (Pág. 43.)

¡Qué caverna aquella en que acababan de penetrar! Enormes estalactitas de formas bizarras pendían del techo; el pasaje angostábase unas veces de manera que tenían que arrastrarse sobre las manos, como lagartos, mientras que otras se elevaba como una catedral; en los lados había huecos que parecían capillas y en lo alto veíanse estalactitas super-

puestas como cañones de órgano. El aspecto era lúgubre y experimentábase una gran opresión ; allí no había nada que tuviera vida, ni el más insignificante vegetal.

—¿Tomamos el camino de la muerte para ir al Jardín del Paraíso? — preguntó asombrado el príncipe.

El Viento, sin responder, señaló con la mano, a lo lejos, una luz azul. Desaparecieron los peñascos que había sobre ellos y vióse una ligera bruma, a la que sucedieron nubes blancas como la nieve que parecían iluminadas por la luna. El aire volviöse templado y delicioso, fresco como el de las montañas, y perfumado como el que despiden un cesto de rosas y violetas.

Subieron un río cuyas aguas eran extraordinariamente puras y cristalinas, en las que juguetaban peces que parecían de oro y plata, y por cuyo fondo corrían anguilas encarnadas como la púrpura dejando tras de sí, a cada movimiento, estelas de una luz verdosa. Los nenúfares que brotaban en aquel río maravilloso tenían anchas hojas color de arco iris, y las flores semejabán brillantes llamas de grana.

Sobre el río alzábase un puente de mármol, con tan prodigioso arte y delicadeza labrado, que habría podido tomarse por un encaje ; conducía a la isla de la Felicidad donde florece el Jardín del Paraíso, y balanceábase al más ligero soplo.

El Viento tomó al príncipe en brazos y lo condujo al lado opuesto del puente, que cualquiera otro



El Viento tomó al príncipe en brazos y lo condujo al lado opuesto del puente... (Pág. 45.)

habría hecho vacilar y dar una vuelta. Las flores y las hojas de nenúfares agitadas dulcemente al paso del viento ejecutaron una deliciosa música en la que el príncipe creyó reconocer las más bellas melodías que había oído en su infancia ; pero jamás voces humanas habían emitido sonidos tan penetrantes y embriagadores.

En la opuesta orilla del río alzábanse plantas acuáticas tan altas como palmeras, y con follaje gigantesco. Los árboles eran tan grandes que apenas se distinguían sus copas y los troncos eran gruesos como torres. En sus ramas, colgaban plantas trepadoras, que formaban seductoras guirnal-



...al acercarse el príncipe para admirarlos de más cerca, advirtió que no eran aves... (Pág. 47.)

0 V
02
CH
05

das siendo maravilloso el aspecto que ofrecían las flores y los pájaros. Los inspirados artistas de la Edad Media no han dibujado jamás cosas tan prodigiosas como las que allí podían contemplarse.

Extensos campos de césped de un verde seductor extendíanse a lo lejos, cortados de manera que semejaban cestos de magníficas flores. Por doquier veíanse grupos de pavos reales en círculo, con las colas desplegadas, y, al acercarse el príncipe para admirarlos de más cerca, advirtió que no eran aves sino flores que afectaban aquella forma y aquellos tonos inimitables.

En bosquecillos que esparcían deliciosos aromas,



...llevaban en los cabellos un diamante más grueso que el puño y brillante como una estrella. (Pág. 48.)

mezcla de emanaciones de azahar, de jazmín, de rosa y de heliotropo, retozaban alegremente leones y tigres, mansos como corderos; las palomas torcaces de brillante plumaje se posaban en las crines de los leones, y los antílopes y gacelas jugaban con tigres y leopardos.

De pronto presentóse el Hada del paraíso. Sus vestidos brillaban como el sol; sus facciones, de divinal belleza, lucían con la encantadora sonrisa que sólo se descubre en el rostro de la madre a quien su hijo proporciona una gran alegría. Parecía estar en plena juventud. Rodeábanla innumerables damas, jóvenes seductoras que llevaban en los cabellos un diamante más grueso que el puño y brillante como una estrella.

El Viento del Este presentó al Hada la hoja de palmera, regalo del fénix; la tomó y, al leer de una ojeada cuanto había escrito en ella, brilláronle los ojos de júbilo y de satisfacción. Agarró al príncipe por una mano y lo condujo a un palacio cuyas paredes tenían los soberbios colores que refleja una hoja de tulipán expuesta al sol. El techo afectaba la forma de una gigantesca flor de pétalos transparentes, de tonos suaves.

El príncipe acercóse a una ventana y miró a través de los vidrios. ¿Qué es lo que vió? Al lado del árbol de la ciencia del bien y del mal estaban Adán y Eva. Esta acababa de morder la manzana, y la presentaba a Adán, que alargaba la mano para tomarla.

—¡Cómo! — exclamó el príncipe—, ¿nuestros

primeros padres no han sido arrojados del paraíso?

El Hada, sonriéndose, le dijo que el espectáculo que contemplaba, había sido grabado en el cristal por la misma historia, que había animado aquellas imágenes de los sucesos del mundo con tanta fidelidad que parecían reales. Los hombres y los animales iban y venían; todo el desarrollo de la humanidad podía admirarse allí. El príncipe miró por otro cristal y vió el sueño de Jacob, cuya escalera llegaba al cielo y por la que los ángeles, agitando sus grandes alas, subían y bajaban.

Días enteros, años, habría pasado el príncipe contemplando aquel espectáculo único; pero el Hada lo separó de aquel sitio y lo condujo a una espaciosa y elevada sala, cuyas paredes de ópalo eran transparentes, donde vió las figuras de los bienaventurados que sumaban muchos millones, y cuyos rostros no eran mayores que una rosa, a pesar de lo cual podía distinguirse su sonrisa angelical y sus facciones de sobrenatural hermosura. En aquella sala oíase una melodía deliciosa, eco de los cantos que los bienaventurados entonan ante el trono del Eterno.

En el centro había un hermoso árbol, de follaje opulento, verde-oscuro, y de cuyas ramas, que se inclinaban graciosamente hasta el suelo, pendían doradas manzanas de diversos tamaños. Era el árbol de la ciencia del bien y del mal, cuyo fruto habían probado Adán y Eva. De cada hoja colgaba una gota de rocío que sembraba un magnífico rubí; habría podido decirse que el árbol lloraba lá-

grimas de sangre por haber sido la ocasión de que la humanidad cometiese el primer pecado.

El Hada y el príncipe salieron del palacio y llegaron a un lago cuyas aguas despedían diamantinos reflejos ; entraron en una góndola que, impulsada por la brisa, empezó a deslizarse suavemente, balanceándose como una hamaca. Al llegar próximamente al centro del lago, el Hada dijo al príncipe :

—Mira hacia las orillas, con alguna atención, y verás desfilar los sitios más hermosos del Universo.

Y, efectivamente, el príncipe vió primero los Alpes, cubiertos de nieves eternas y de sombríos bosques de pinos ; sus elevadas cimas, que nunca alcanzan las nubes, brillaban al sol con deslumbradores reflejos ; a lo lejos oíanse los sonidos melancólicos de la bocina, y, momentos después, un pastor y una pastora lanzaban al aire los acentos de un alegre dúo que el eco repetía siete veces.

Luego apareció un espléndido paisaje de las Indias, templos soberbios rodeados de palmeras, de plátanos con ramas colgantes, y un cortejo de guerreros, con armaduras recargadas de oro y piedras preciosas cabalgando sobre elefantes primorosamente alhajados.

A esta visión sucedió un país extraño, cuyos árboles tenían hojas azuladas ; los animales afectaban formas singulares, y las flores eran incomparablemente más hermosas que las que se crían en el antiguo continente ; era la Australia. Una tropa de salvajes negros con dibujos blancos bailaban, al

sonido de tamboriles y flautas chillonas, danzas desordenadas a la claridad de la luna.

Nuevamente varió la escena, y el príncipe, maravillado, vió desfilar lentamente las Pirámides, el Nilo, los obeliscos, los millares de templos y palacios que adornaban el Egipto en tiempos de los faraones.

Después, apareció un magnífico paisaje del Norte; una inmensa sabana de nieve brillando a los reflejos de un volcán en erupción y a los fuegos de una aurora boreal, cuyo esplendor no ha podido imitar jamás la industria humana por medios artificiales.

El príncipe, que estaba extático, contemplando tan sorprendentes maravillas, preguntó:

—¿Puedo permanecer siempre en estos encantadores sitios?

—Eso depende de ti — respondió el Hada—. Si no imitas a Adán, y te sometes a la prohibición que se te imponga, podrás vivir aquí mientras te plazca.

—¡Oh! Seguramente, no tocaré a las manzanas del árbol de la ciencia del bien y del mal — repuso el príncipe—. Hay aquí una infinidad de frutos que son más bellos y parecen más sabrosos.

—Mide bien tus fuerzas—replicó el Hada—, y si no te consideras bastante fuerte, vuelve a tu país con el Viento del Este que te ha traído. Va a marcharse para no volver hasta dentro de cien años. Si te quedas aquí, un siglo te parecerá más breve que cien horas; pero si, por lo contrario, ce-

des a la tentación, el tiempo será para ti interminable. Todas las noches, cuando te deje, te diré : «Acompáñeme.» Partiré y, con el ademán, te instaré a seguirme ; pero guárdate de hacerlo ; no te muevas, porque a cada paso que des tendrás menos fuerzas para resistir a mi llamamiento. Sin embargo, aunque sigas mis pasos, no todo se habrá perdido. Llegarás a la sala en que está el árbol de la ciencia del bien y del mal, bajo cuyas ramas odoríferas de perfume embriagador paso las noches. Contemplarás mi rostro y te sonreiré ; pero, por favor, no te acerques a mí ni toques la orla de mi túnica, por ligeramente que sea, porque, si tal cosa hicieras, desaparecería inmediatamente el Jardín del Paraíso y serías arrojado como tus primeros padres, encontrándote entonces en una soledad espantosa en medio de la tormenta y de la lluvia y sin más bienes que la pena.

—Me quedaré — dijo el príncipe—, y saldré bien de la prueba.

—Ten ánimo y fortaleza — le aconsejó el Viento del Este besándole en la frente—, y dentro de cien años volveremos a vernos. Adiós. ¡ Que tu corazón se mantenga firme !... ¡ Adiós !

El Viento tendió sus alas que despidieron un fulgor tan vivo como el de los relámpagos que, en las noches de verano, iluminan e inflaman el horizonte.

Y en todas partes, a su paso, árboles y flores se estremecían prorrumpiendo en un dulce murmurio, que parecía decir : «¡ Adiós, adiós ! » Banda-

das de cigüeñas, de golondrinas y de cisnes lo acompañaron hasta el río que rodeaba la isla de la Felicidad. Luego, desapareció.

—Ahora vamos a divertirnos — dijo el Hada—, vamos a bailar alegremente. Cuando el crepúsculo empiece te dejaré, según te he dicho ; pero, al mismo tiempo, te llamaré y sonriendo dulcemente te instaré a que me sigas ; pero no me escuches. To-



das las tardes, durante cien años, haré lo mismo ; cada vez que me resistas, aumentará tu fuerza. Ya estás prevenido ; la prueba empezará esta misma noche.

El Hada condujo al príncipe a una nueva sala cuyas paredes estaban formadas con lirios blancos, transparentes y enlazados, cuyos pistilos formaban

una especie de arpas de oro que resonaban deliciosamente, semejando música de flautas y mandolinas. Jóvenes de belleza ideal, estatuas animadas vestidas de seda, gasa y encajes, ejecutaban graciosísimas danzas, cantando la alegría de vivir en el Jardín del Paraíso donde todo es inmortal.

Declinaba la tarde; el cielo adquirió un tono



purpúreo intenso que coloreaba de rosa los lirios que circundaban la sala. Las jóvenes presentaron al príncipe una copa tallada en un grueso diamante y llena de un vino espumoso. El príncipe bebió el néctar que se le ofrecía y sintióse como anegado en un mar de felicidad. Abrióse el fondo de la sala y vióse a lo lejos el árbol de la ciencia del bien y del mal cuyos frutos despedían un resplandor que des-



—¡ Ven conmigo, ven ! — insistió el Hada, mirando
al príncipe... (Pág. 55.)

lumbraba. Oyóse una música deliciosa, y a los oídos del príncipe llegó la voz de su madre que decía : «¡ Hijo mío, ten cuidado !»

Pero, de pronto, el Hada empezó a andar, invitándole a seguirla.

—¡ Ven conmigo, ven !

Y el príncipe, olvidando su resolución y promesas, fué tras ella, que se volvió sonriente a mirarlo. El la siguió sin vacilación y sin remordimientos.

Llenóse el aire de embriagadores perfumes y resonó una música celestial. Al llegar a la sala donde estaba el árbol de la ciencia del bien y del mal, el príncipe creyó ver a los bienaventurados que le sonreían y oyó voces que le aconsejaban : «Debes conocerlo todo ; el hombre es el rey de la creación.» Los rubíes que pendían de las ramas del árbol alumbraban la sala con mágico resplandor.

—¡ Ven conmigo, ven ! — insistió el Hada, mirando al príncipe de un modo irresistible. El sintió inflamársele el corazón y latirle con violencia inusitada.

—¿ Por qué no he de seguirla ? — se dijo el príncipe apretando el paso—. ¿ Por qué no he de admirarla ? Esto no me lo han prohibido, y puedo hacerlo sin aproximarme a ella. No, no me acercaré ; mi voluntad es firme ; resistiré a la tentación ; lo juro.

El Hada separó las ramas del árbol y se ocultó entre el follaje.

—Todavía puedo verla — dijo el príncipe— ; no me está vedado.

Y, dicho esto, levantó las ramas y vió al Hada que, dormitando, parecía soñar con una sonrisa divina; pero, entre sus párpados, hubiera podido verse temblar una lágrima.

—¿Lloras por mí? — preguntó el príncipe—. Pues ahora es cuando experimento todas las ale-



grías de este paraíso. La vida eterna penetra todo mi ser; tengo la fuerza de los querubines y mis pensamientos dominan el universo. Además, daría toda mi existencia por disfrutar un minuto más el placer delicioso que tu contemplación me proporciona.

Y temblando de emoción, agarró una mano del Hada.

Un trueno formidable estalló en aquel momen-

to ; hubiera podido creerse que el cielo y la tierra se desquiciaban.

Efectivamente, el árbol de la ciencia del bien y del mal, el Hada, el Jardín del Paraíso, todo se desvaneció como por encanto, desapareciendo en la noche sombría todo aquel magnífico esplendor, del que sólo quedó a lo lejos, a millones de leguas, una pequeña estrella fija en el firmamento.

El príncipe experimentó el estremecimiento de la muerte ; cerráronsele los ojos y cayó desvanecido.

Una lluvia fría le bañó el rostro, haciéndole volver del letargo.

—¿Qué he hecho? — exclamó el príncipe recordando la memoria—. He pecado como Adán y me han arrojado del Paraíso.

Alzó los ojos y vió en el cielo la pequeña estrella, la última chispa del brillo rutilante que lo había rodeado momentos antes. Era la estrella matutina.

Se levantó y vió que se encontraba en el bosque, como la víspera, delante de la caverna de los Vientos, cuya anciana madre lo contemplaba indignada y amenazadora.

—¡Has sucumbido la primera noche! — le dijo—. Si fueras hijo mío, ya te habría metido en el saco...

—Lo meteré yo — interrumpió el Ángel de la muerte que acababa de descender de los cielos, batiendo sus grandes alas negras y con la terrible gadaña en la mano.

—Sí — insistió— ; yo le meteré en un saco, pero no en este momento. Ahora sólo voy a mar-

carlo para reconocerlo más tarde, dejándolo reposar para que se enmiende y se arrepienta. De todos modos, no se me escapará, y, cuando menos lo piense, lo cogeré y lo encerraré en un negro ataúd para llevarlo hacia la estrella que continúa brillando allá arriba, donde está el Jardín del Paraíso. Si arrepentido de sus pecados, ha hecho penitencia, entrará en él; pero si, por lo contrario, no se arrepiente, lo sumiré en la noche sombría y horrible, a millones de leguas. Cada mil años volveré a apoderarme de él para hundirlo más profundamente en los lugares de desolación. Sólo practicando buenas obras lo conduciré a la estrella donde ha de encontrar nuevamente el paraíso.

LOS FUEGOS FATUOS

I

Un anciano que, durante su vida, había deleitado a las gentes refiriendo cuentos que él mismo inventaba, había llegado al fin a agotarse. Sin duda el genio que en otros tiempos lo inspiraba había dejado de visitarlo. ¿Por qué?

Más de un año y un día hacía ya que el genio inspirador no visitaba la casa del anciano, y éste ya no lo esperaba.

Había estallado la guerra en la comarca, y las huestes enemigas habían introducido en ella el dolor y el hambre.

Al llegar la primavera, acudieron las cigüeñas y las golondrinas, que no podían sospechar lo que durante su ausencia había ocurrido, y encontraron sus nidos quemados; las casas hospitalarias donde eran recibidas con júbilo, incendiadas y derruidas; los campos yermos y los bosques talados. Fué una época cruel y triste; pero pasa todo y renace la esperanza de un porvenir más risueño.

—El genio del cuento no tardará en volver—pensaba el anciano.

Pero se equivocaba, porque el genio continuaba ausente sin dar señales de vida.

—¿Habrá perecido en la matanza, como otros tantos? — se preguntó el anciano—; pero no, es imposible, porque el genio del cuento es inmortal.

Pasaron meses y el viejo no podía resignarse a la idea de que el genio dejara de visitarlo. Y púsose a recordar las diversas figuras en que se le había presentado: ya joven, alegre, decididor, parecido a la primavera, ya bajo la forma de una niña seductora, con corona de campanillas en los cabellos, una mata de haya en la mano, y brillándole los ojos como un lago en un bosque, a los rayos del sol. En otra ocasión el genio del cuento se había disfrazado de mandadero y ofrecídole toda clase de chucherías brillantes con curiosas divisas y relatos curiosos de la tradición popular.

La aparición más seductora habíala hecho metamorfoseado en abuela, con los cabellos blancos como la nieve, y los ojos dulces y tranquilos. Entonces contaba aventuras de los tiempos pasados,

cuando las princesas hilaban en ruecas de oro, y los dragones y otros monstruos terribles custodiaban los regios palacios, siendo su relato tan vivo y animado que, cuando veíase en el cielo alguna nube singular, se creía contemplar una de las espantosas bestias de la leyenda.



...con corona de campanillas en los cabellos. (Pág. 59.)

Cuando el anciano estaba ensimismado en sus recuerdos, ocurriósele que, como la princesa encantada del cuento famoso, quizá se encontrara el genio escondido cerca de él, en algún objeto pequeño, y empezó a buscarlo.

—Examinemos — se dijo — esta pajita que, sostenida por el viento, no cesa de voltejear encima

del pozo. ¡ La atrapé ! Pero no, es una pajita ordinaria. Si cogiera una de las flores secas que guardo entre las páginas de mis libros...

Y tomó uno de los volúmenes de su biblioteca, que resultó ser una obra de erudición, que no contenía flores. Relatábase en ella la historia de Ogier el dinamarqués, asegurando que este héroe era creación de un monje francés, para componer una novela de la Edad Media que había sido traducida al dinamarqués; que el famoso Ogier no había existido jamás, y, por consiguiente, que no podía volver, siendo absurdo en los dinamarqueses el creer que había de presentarse en el momento de mayor peligro; que lo mismo que de Ogier el dinamarqués podía decirse de Guillermo Tell; y, por último, que las tradiciones populares no merecían crédito alguno, por lo que las personas instruidas no hacían caso de ellas. Así, al menos, lo decía el volumen que el anciano acababa de coger de un estante de su biblioteca.

—Sin embargo — se dijo—, yo creo lo que creo, y, cuando el río suena, agua o piedras lleva.

Cerró el libro y acercóse a una ventana donde había lindas y frescas flores.

—Quizá — pensó — se haya refugiado el genio del cuento en este hermoso tulipán encarnado y oro, o en esta fragante rosa de mayo. No. Aquí no está. Pero ahora se me ocurre que, cuando la patria estaba agobiada por la desgracia, invadida por el enemigo cruel, cortaron un día las flores que había en la ventana para hacer una corona que se

4

depositó en la tumba de uno de nuestros héroes, muerto en la batalla. Si el genio se encontraba entonces en una de las flores, estará ahora en el seno de la tierra ; pero no, las hierbas que crecen sobre la tumba lo habrían revelado. ¿Y si, por ca-



..llegó cerca de un antiguo castillo feudal, (Pág. 63.)

sualidad en aquellos tiempos funestos, el genio hubiera llamado a mi puerta, y yo, abrumado por los desastres que agobiaban a mi país, no le hubiese prestado atención? ¡Quién pensaba entonces en el genio del cuento! Estábamos entonces tan apesadumbrados, que contemplábamos casi con furor la fresca verdura de los prados ; el dulce gorjeo de los pájaros nos molestaba, y nuestros antiguos cantos

populares, que tanto nos enorgullecen, no salían de nuestros oprimidos pechos. Sí, quizá me visitara entonces y yo no le hice caso: si tal cosa ha ocurrido, se habrá marchado para no volver jamás. Vaya, no puedo resistir la tentación y voy a bus-



...llegó delante de un pabellón hexágono (Pág. 64,)

carle al bosque, a los matorrales y hasta a la playa del Océano.

II

Salió el anciano, y, después de mucho caminar, llegó cerca de un antiguo castillo feudal, con altas murallas aspilleradas, en cuya torre del homenaje ondeaba una bandera. El ruiseñor entonaba sus

endechas en los bosques de hayas que lo circundaban y oíase el susurro de miles de abejas que libaban el jugo de las encarnadas flores de los cielos.

Por aquellos sitios pasaron los fantasmas de la cacería del rey Valdemar cuando las borrascas otoñales arrancan las hojas secas de los árboles, y después, en la Pascua, los cisnes salvajes lanzan al aire sus estridentes cantos; pero, entonces, en la sala principal del castillo congrégase la gente en torno de la inmensa chimenea, para referir y escuchar muy divertidos cuentos.

El anciano avanzaba por la grande avenida de castaños que conduce a la puerta de honor, donde en otro tiempo el viento, silbando por entre las hojas de los árboles, le había referido la *Historia de Valdemar Daad y de sus hijas*, y donde el genio, bajo la forma de una driade, le había narrado el *Último Sueño del roble*.

Donde en otra época el anciano había visto hermosas flores, sólo había ya ortigas, pero tantas y tan altas, que casi ocultaban las antiguas estatuas, cuyos ojos aparecían llenos de musgo.

El anciano dirigió la vista en todas direcciones buscando al genio del cuento, al que llamaba con suplicante voz.

Las cornejas, que revoloteaban en bandadas, parecían que le contestaban chillando: «¡Risa, risa!»

Continuó el viejo avanzando y, después de pasar los fosos del castillo, llegó delante de un pabellón hexágono que estaba poblado de patos y galli-

nas. La bondadosa anciana que cuidaba de ellos, conocía la historia de cada uno de ellos desde que habían salido del cascarón. Preguntóle el recién llegado si el genio del cuento, al pasar por allí, no le había dicho nada, y la mujer respondió que, como estaba bautizada y vacunada, y siempre había sido honrada y económica, no había tratado jamás con espíritus ni con genios.

Más lejos, el anciano encontró, entre un seto de espinos, un antiguo monumento funerario, erigido a la memoria de un honrado burgomaestre de la vecina ciudad, quien aparecía representado en el mármol, juntamente con su viuda y sus cinco hijas.

Contemplaba el anciano este grupo singular que le recordaba los siglos pasados, cuando, de pronto, vió una hermosa mariposa que, después de posarse en la frente del burgomaestre, volvía a revolotear sobre las flores. Siguióla con la vista y distinguió una mata de trébol de cuatro hojas, con siete tallos. Los cogió todos y se los guardó en el bolsillo, pues sabiendo que el trébol da mucha suerte, esperaba que le haría encontrar al genio del cuento.

III

Prosiguió el anciano sus pesquisas, hasta que el astro diurno empezó a desaparecer del horizonte, enviando sus postreros rayos a los moradores de la

tierra. Anochecía, y del fondo de los valles alzábanse densos vapores.

—La bruja de los pantanos está preparando sus drogas — se dijo el anciano, y regresó a su casa.

La luna iluminaba con luz suave la capa de niebla que se extendía sobre los prados asemejándose a un gran lago. Efectivamente, según la creencia popular, había habido allí en épocas remotas, un hermoso lago acerca del cual se contaban muchas leyendas. Era verdad; toda la comarca había estado sumergida antiguamente y el pueblo conservaba memoria de ello. El anciano recordó el libro que había leído y donde se decía que Guillermo Tell y Ogier el dinamarqués no habían existido más que en la imaginación popular, y exclamó:

—Digan lo que quieran, Ogier volverá cuando deba volver.

Absorto en estos pensamientos estaba cuando sonó un golpe en la ventana de su aposento, que se abrió bruscamente, apareciendo en ella el rostro enjuto y rugoso de una vieja.

—¿Qué queréis? — le preguntó el anciano.

—Tenéis siete tréboles de cuatro hojas cada uno y a esta circunstancia debéis la fortuna de verme.

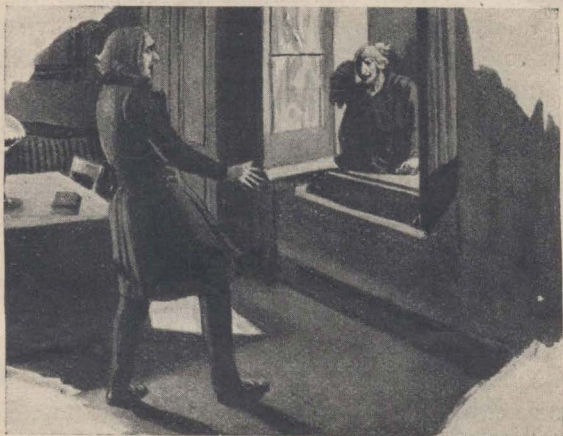
—¿Pero quién sois vos? — insistió él.

—Soy el Hada de los pantanos y vengo a responder a vuestras preguntas si alguna tenéis que hacerme. Os lo repito, vuestro trébol os proporciona este honor. Es verdad que no habéis hecho más que cogerlo en el camino, pero ya es mérito suficiente saber distinguirlo del trébol ordinario. Apr

suraos, porque estoy haciendo mi cerveza, y, si permanezco fuera de casa mucho rato, pueden entrar los genios y abrir la espita de mi cuba.

El anciano preguntó entonces si había visto al genio del cuento y si sabía dónde se ocultaba.

—¡ Por mi gran tonel !—exclamó el Hada—, ¿ no



...apareciendo en ella el rostro enjuto y rugoso de una vieja (Pág. 66.)

tenéis ya bastantes cuentos? Todo el mundo está hastiado y apenas si los leen los niños. Obsequiad con cigarros a los chicos y con perifollos a las muchachas, y os perdonarán los cuentos. Vivís un siglo retrasado, buen hombre.

—¿ Acaso sabéis vos — preguntó el anciano—

lo que sucede en el mundo? ¿vos que vivís entre las ranas y los fuegos fatuos?

—No habléis tan despectivamente de los fuegos fatuos — replicó el Hada—, porque están sueltos y corren y alcanzan a los mortales; pero me es imposible permanecer aquí más tiempo, porque tengo que ver mi cerveza. Si queréis saber más, id a mi casa, al lado del gran pantano, y no olvidéis vuestro trébol, vuestro talismán. Id esta noche, mientras se encuentra fresco, porque, en caso contrario, os hundiríais en el lodo y no volveríais a salir de él.

Y, dicho esto, el Hada desapareció.

IV

Cuando el anciano se dirigió al gran pantano que se extiende en medio de grandes praderas, daban las doce de la noche en la torre de la iglesia, la niebla se había evaporado, y el Hada, después de terminar sus mejunjes, había salido de su antro.

—Mucho habéis tardado — dijo—, lo que prueba que no habéis nacido para brujo, porque, para ejercer ese oficio, hay que ser más listo. Ahora, decidme; ¿en qué puedo seros útil?

—Ya os lo he dicho — respondió—. Decidme dónde podré encontrar al genio del cuento.

—¡Cómo! ¿Todavía seguís pensando en eso? ¿Acaso no os he dicho que ya no interesa a nadie?

—Quizá pretendan reemplazarlo por la poesía del porvenir — respondió el anciano.

—Por ser vos quien sois, y porque tenéis siete tréboles de cuatro hojas, voy a daros algunos detalles. Conozco perfectamente al genio del cuento. En mi juventud era yo una preciosa sílfide que,



...el Hada, después de terminar sus mejunjes, había salido de su antro. (Pág. 68,)

con mis hermanas, bailaba a la claridad de la luna, al sonido del canto de los ruiseñores, y, en aquella época, veía con frecuencia al genio del cuento, espíritu encantador que, ora se mecía en un tulipán, ora se cernía sobre los campanarios o las torres en ruinas, cantando con armoniosa voz baladas y elegías muy poéticas. Desde entonces guardo en un

armario, en botellas, la esencia de la poesía, y como la tengo para todos los gustos, dulce, amarga, alegre y triste, puedo suministraros cuanta queráis. Cada domingo vertéis una gota en el pañuelo, y vuestra casa estará llena de poesía durante toda la semana. Esto vale más que un cuento. ¿Dudáis? ¿Acaso no conocéis la *Historia de la niña que pisaba el pan*?

—Ya lo creo, como que soy yo quien la ha inventado.

—Pues bien, en ese caso sabéis que la chiquilla, pasando sobre el fango de los pantanos, vino a mi casa un día que la abuela del diablo me visitaba. También recordaréis que la endiablada señora se llevó a la niña para colocarla en una rinconera; pero sin duda ignoráis que, en recompensa, me regaló un tonelito de licores de una clase particular: era la poesía en botellas. Colocad sobre vuestro ojo izquierdo un trébol, y veréis claramente lo que sucede en mi casa, en el fondo del pantano.

Efectivamente, el anciano hizo lo que el Hada acababa de aconsejarle y vió, entre una colección completa de objetos de brujería, un mueble tallado en la raíz de un haya secular. Era un trabajo muy artístico cuyos bajos relieves representaban, en caricatura, a todos los poetas famosos. Dentro de aquel extraño armario había una colección de botellas que contenían la esencia rectificada y concentrada de la poesía de todos los pueblos.

—Tomad la primera botella — dijo el Hada —, a cuyo contenido doy el nombre de perfume de ma-

yo. Os bastará aspirarlo un momento para que al punto veáis aparecer prados floridos, verdosos bosques, odoríferos brezos, y lagos rodeados de iris y cubiertos de nenúfares. Derramad dos gotas sobre el cuaderno de temas de un colegial, y en seguida exhalará un olor de primavera tan fuerte que os



—Tomad la primera botella—dijo el Hada, (P. 70.)

adormecerá. La segunda botella contiene esencia superfina de escándalo, que es una reducción de todas las maldades que han inventado los poetas más satíricos, y tiene sabor de vitriolo. Además hay algunos frascos panzudos llenos de poesía doméstica, según el gusto de las principales naciones; para los alemanes, crema filosófica, para los ingleses, aguar-

diente de institutriz, y así sucesivamente. Poseo, por consiguiente, una abundante provisión para reemplazar vuestros cuentos. Pero, dejando aparte esas teorías, voy a daros una gran noticia : Los fuegos fatuos, que andan sueltos, han entrado en la ciudad. ¡ Mortales, tened cuidado ! Me miráis con ojos sorprendidos. ¡ Escuchadme !

V

El Hada refirió lo siguiente :

«Celebráronse ayer grandes fiestas y regocijos en el pantano, con motivo de haber doce fuegos fatuos dotados de la facultad de introducirse en el alma de los mortales y ocasionarles mil trastornos. Para festejar el acontecimiento, la población de los fuegos fatuos bailaba insensatas zarabandas. Yo tenía sobre mi regazo a los doce recién nacidos que brillaban como gusanos de San Juan, crecían rápidamente y pronto se hicieron tan grandes como sus padres.

»De conformidad con una ley inmutable de nuestro imperio infernal, los fuegos fatuos que debían la existencia a un encuentro especial de las estrellas, tenían la facultad de permanecer durante un día entero dentro de un ser humano, y gobernarlo y hacerle hablar y moverse, a su capricho. Este poder puede ser ejercido durante un año ; pero es preciso que cada uno de los trescientos sesenta y cinco días, el fuego fatuo se introduzca en el espí-

ritu de un hombre diferente y lo aparte del camino del bien y de la verdad.

»Si lo consigue, se le concede el más alto honor a que puede aspirar un fuego fatuo, que consiste en poder correr delante del coche de gala del diablo y en recibir una librea de oro y un collar de llamas; pero este privilegio no está exento de peligros. Si



Yo tenía sobre mi regazo a los doce recién nacidos..., (Pág. 72.)

uno de los mortales en que se ha introducido el fuego fatuo advierte que lo zarandean, el diablillo pierde su poder y es obligado a volver al pantano. Si antes de terminar el año opina que los mortales no valen la molestia de burlarse de ellos, y, acosado por la nostalgia, vuelve al pantano, una boca-

nada de aire lo extingue para siempre. Y, por último, si olvidándose de su misión, se apiada de alguna criatura humana y deja de ocasionar trescientas sesenta y cinco víctimas durante el año, es condenado a vivir perpetuamente en un pedazo de madera podrida. El que se encuentra en este caso, brilla todavía durante la noche, pero tan tenue, que, para un fuego fatuo que se respeta, es preferible sucumbir.

»Informé de esto a los doce diablillos que bailaban sobre mis faldas y les insté a renunciar a su privilegio y a permanecer entre nosotros ; pero todos eran ambiciosos y aspiraban a la hermosa librea que podía darles el diablo.

»—¿Por qué hemos de apiadarnos de los hombres? — dijo uno de sus tíos, que tenía una semana de edad—. ¿No nos atacan en nuestro dominio cultivando nuestras praderas y secando nuestros pantanos?

»—¡No haya piedad para ellos! — exclamaron los recién nacidos, y fuéronse a tomar parte en el baile que acababa de empezar.

»En aquel momento, un grupo de jóvenes y seductoras sílfides giraban agitando graciosamente sus velos, tejidos con las más delicadas flores y las gotas de rocío, haciendo difíciles piruetas, y los fuegos fatuos las imitaron, enroscándose y dando los pasos más atrevidos.

»Un cuervo viejo les enseñó a pronunciar bien : «¡Bravo, bravo!», cosa de suma importancia, tra-

tándose de engañar a los hombres, y un buho les dió sabios consejos.

»Pasó la cacería del rey Valdemar y, al ver la fiesta, se detuvo para informarse del motivo por que se celebraba. Una de las sílfides se encargó de dar la contestación, y el jefe de los fantasmas, al co-



...un grupo de jóvenes y seductoras sílfides giraban agitando graciosamente sus velos... (Pág. 74.)

nocerlo, le prestó tres de sus mejores perros para llevar los fuegos fatuos a la ciudad. Llegaron dos genios encargados de enseñarles a mirar por los ojos de las cerraduras, y, montando sobre dos perros, recogieron a los fuegos fatuos en sus gorros, y, *pán, patapán*, trotaron con dirección a la ciudad. El otro perro corría delante.

»Esto ha ocurrido esta noche — continuó el Hada—, y, como ya hace rato que llegaron, deben haber empezado a burlarse de los hombres y a confundir sus ideas. Me agradaría presenciar de cerca sus maniobras.

—Pero — interrumpió el anciano—, todo lo que me estáis narrando es un verdadero cuento. ¿Habéis encontrado el genio en cuya busca he venido? ¡Por favor, decidme dónde está!

—No — repuso el Hada—, lo que os he narrado es, a lo sumo, el principio de un cuento, y ahora podrían detallarse las astucias que emplean los fuegos fatuos para engañar al infeliz género humano.

—Verdad, verdad — asintió el anciano animándose—, se podrían escribir muchos cuentos, inspirados en ese asunto, relatando la historia de cada uno de esos doce diablillos. Me siento inspirado. ¿Acaso el genio me habrá comunicado un poco de su poder inventivo?

—Tranquilizaos — aconsejó el Hada—, y dejad que otros realicen ese trabajo. A vuestra edad debéis ser razonable, ya os habéis manchado bastante los dedos de tinta escribiendo cuentos, y ahora os conviene descansar. Os daré una buena provisión de poesía en botellas, y, si os place, podéis, cuando hayáis disfrutado de reposo, escribir cuentos. ¿Creéis que interesarán mucho?...

—Es cierto — replicó él—. Los fuegos fatuos han entrado en la ciudad, y si publicara que un hombre que pasa por honrado está poseído de uno

de esos diablillos y no sigue la buena senda, me gritarían, se burlarían de mí.

—Además — agregó el Hada—, los fuegos fatuos se introducen en el cuerpo de toda clase de gentes, y, especialmente en el de los políticos y literatos. No debía revelaros esto, porque sois poeta y lo publicaréis por todas partes previniendo a vuestros colegas, lo que desagradará mucho a mi compadre el Diablo ; pero vuestro trébol me obliga a hablar.

—No abriguéis temor alguno — replicó el anciano— ; nadie hará caso de lo que les diga. Todos creerán que refiero un cuento ; unos se distraerán oyéndolo, y se aburrirán otros ; pero ninguno creerá que hablo en serio. ¡ Los fuegos fatuos han entrado en la ciudad, me lo ha dicho el Hada de los pantanos ! ¡ Hermanos, estad atentos !

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
El cofre volador.	5
El cometa.	17
El jardín del paraíso.	25
Los juegos fatuos.	58

Lw. 20220.

60
L113
1955
A4D

CUENTOS

AUTORES DANESES
LITERATURA INFANTIL CUENTOS

BIBLIOTECA SELECTA

Los volúmenes de esta biblioteca, magníficamente ilustrados con numerosas ilustraciones en negro y cuatro cromotipias, pueden distribuirse como premios en los colegios de niños, tanto por su escritura, por el lujo de la impresión, belleza de los grabados en negro y en colores y la bonita encuadernación, como por lo sano e instructivo de su lectura. :: :: ::

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | |
|--------------------------------------|---|
| 1. El Molino de los Pájaros. | 20. Un ministerio de animales. |
| 2. Corazones dormidos. | 21. La Pícara vanidad. |
| 3. Flores de Juventud. | 22. Un Charlot del mundo animal. |
| 4. La vanidosa Alicia. | 23. Un Experimento del Doctor Ox. |
| 5. El Espadachín. | 24. Un Drama en los Aires. |
| 6. El heredero. | 25. Paquito el explorador. |
| 7. La fuerza del bien. | 26. Rosina. |
| 8. El sueño de Pepito. | 27. Por mentir. |
| 9. Juegos y hazañas de animales. | 28. Desconocida aventura de Teresa Panza. |
| 10. Cuentos de Andersen (tomo. 1.º). | 29. El Ángel. |
| 11. Cuentos de Andersen (tomo. 2.º). | 30. Ib y Cristina. |
| 12. La cabaña del tío Tom. | 31. El último sueño del roble. |
| 13. Robinson. | 32. El cofre volador. |
| 14. El teatro de los animales. | 33. El Tío cierra el ojo. |
| 15. Verdades y fantasías. | 34. La virtud del borrico. |
| 16. Mimos de niña. | 35. Fábulas de Iriarte. |
| 17. El instinto de los animales. | 36. En otros tiempos. |
| 18. El Amor y la guerra. | |
| 19. El Premio y el castigo. | |